



LA ÉTICA EN EL PSICODRAMA

Andrés Herrera

Egresado del Programa de Psicología
Funlam

Siempre que podamos considerar este mundo como una
ilusión o un fantasma, podremos considerar todo lo que
Nos sucede como un sueño, algo que fingió ser porque
Dormíamos. Y entonces nace en nosotros una indiferencia
Sutil y profunda hacia todos los desaires y desastres de la vida
(...) y nuestro propio sufrimiento no será
otra cosa que esa nada. En este mundo dormimos sobre el lado
izquierdo y oímos en los sueños de la existencia oprimida de
nuestro corazón.
Fernando Pessoa - El libro del Desasosiego

El psicodrama es una técnica psicoterapéutica de carácter grupal que consiste en elaborar un saber sobre la subjetividad por medio de la representación dramática, si el psicodrama del que se trata tiene una orientación psicoanalítica, como es el caso del psicodrama que en este momento trato de transmitir, el saber del que se trata es aquel que Freud descubre como inconsciente y la clínica que se efectúa se inspira en el método analítico de Freud, nuestro eje orientador.

La elaboración se da en el proceso psicodramático a partir de la representación de escenas vividas por el sujeto y el uso de diversas técnicas de carácter dramático y representativo. Sin embargo, tal y como lo señala Miller en su texto introducción al método psicoanalítico¹, no hay, cuando se trata del abordaje de lo inconsciente, un problema técnico que no sea un problema ético. Esto quiere decir que al ocuparnos de un hacer, lo cual nos remite a patrones o

¹ MILLER, Jacques Alain. "Introducción al método analítico" Ed. Paidós.

estándares, si se quiere a etiquetas, no podemos desligarnos de la reflexión ética en relación a dicho hacer. No es lícito estar desprovisto de principios, de principios éticos que orienten dicha práctica.

¿Cuáles son entonces los principios bajo los cuales se rige la experiencia del psicodrama de orientación psicoanalítico?, ¿cuál es la justificación de esta práctica?, es decir ¿qué fundamentos tenemos para pensar que hay otra forma de abordar el inconsciente, la repetición, la pulsión y la transferencia desde un dispositivo que no sea el psicoanálisis como tal?

En su gran mayoría quienes nos hemos dedicado a aplicar los conceptos, los principios del psicoanálisis a experiencias de carácter grupal, tal como lo es el psicodrama, lo hemos hecho empujados por la necesidad de pensar y actuar en instituciones o grupos, donde la aplicación del psicoanálisis como tal presenta límites y dificultades. También está el interés en lo grupal, el deseo de saber sobre las lógicas que rigen los lazos sociales y la subjetividad en lo colectivo. Ha sido si se quiere una elección forzada, que sabemos no exime de responsabilidad, la responsabilidad de dar consistencia teórica, lógica y práctica a lo que hacemos, de justificarlo permanentemente como una práctica no sin efectos, y aún de demostrar que de alguna manera sabemos lo que hacemos, aun cuando nuestro hacer tenga que ver con un saber que no se sabe.

Surge en este punto una pregunta interesante, cuando hablamos de ética hablamos de preguntas, ¿Qué saber autoriza a quien hace psicodrama? Como en el análisis, después de la intervención de Lacan en el mundo psicoanalítico, la autorización parte del analista a partir de su propia experiencia. en el psicodrama también es necesario para la autorización del psicodramatista una experiencia propia del psicodrama y si la orientación es, la que considero conviene, la psicoanalítica, se requiere que el psicodramatista tenga una experiencia en tanto analizante, una experiencia del inconsciente propio que le permita producir el deseo que abre las puertas al inconsciente de otros. Al fin y al cabo hay saberes que solo se conquistan por el camino del dolor, del trauma que produce ver la luz de la verdad al salir de la caverna, para hacer alusión a Platón y su ilustrativo mito. En psicodrama la caverna es el fantasma, esa construcción imaginaria y simbólica que determina en el sujeto el marco, el guión, la pantomima con la que dramatiza su vida, la escena fundamental que

determina la relación con el otro. Encontrarse con eso no es fácil, nada nos obliga a levantar el velo, o el telón en términos psicodramáticos y constatar que detrás de lo que nos estructura no hay nada y en el lugar de esa nada una ficción, una mentira a la que le dimos el valor de nuestra única verdad. Sin embargo por otro lado no hay experiencia más liberadora para un ser humano que hallar la causa que lo constituye como tal.

La clínica. Caso: Una mujer... “*chiquita*”

A manera de ejemplo recuerdo esa escena representada, ese caso que me enseñó algo sobre nuestra clínica psicodramática, en el cual una mujer joven, universitaria, en una sesión de psicodrama relata cómo se sintió paralizada ante un grupo de niños que estaban a su cargo en su práctica como estudiante de psicología. Dice: -“Me sentí incapaz, paralizada, impotente, *chiquita*”. Yo la invito a que representemos la escena, a que dé el paso que la hace protagonista, elija un reparto y repita esa escena vivida en un contexto artificial, experimental, investigativo, el contexto psicodramático. De tal manera que se decide, elige representar, elección que implica a mi modo de ver una posición ética, elige entre sus compañeros aquellos que representan el papel de niños traviosos, otro representa al psicólogo que viene en su auxilio, los partenaires aceptan el reto, y la escena se desarrolla. En ella se repite lo ocurrido veremos de qué manera. Trata de dictar su taller y el pequeño grupo de perversos polimorfos, sabotean su labor; gritan, se tiran papeles, se montan a las sillas, etc. Ella no solo actúa sino que repite en el cuerpo el sentimiento de angustia e impotencia. Una vez concluida la acción le pido que cierre los ojos y que se ubique en ese momento y exprese todo aquello que se pase por su mente, una pequeña asociación libre a la manera de un soliloquio. En ese soliloquio repite además un significativo, dice: -“siento que no soy capaz, me siento *chiquita*”. Yo en calidad del que escucha e interpreta, subrayo el significativo de la repetición y le transmito a manera de breve construcción²: - “*chiquita, chiquita, cuando eras chiquita te sentiste así*”. Acto seguido recuerda, recuerda otra escena que se repetía en su niñez, con lo cual se confirma el carácter infantil del fantasma, los severos

² La construcción es un concepto técnico freudiano propio de la labor preliminar del análisis, que se diferencia de la interpretación en tanto esta se aplica a extraer un saber de un elemento del material clínico mientras que la construcción busca según Freud “colocar ante el sujeto un fragmento de su historia, anterior, que ha olvidado”

castigos de su madre, ante los cuales ella se paralizaba quedando presa de la angustia y la inhibición.

Se abre el telón de nuevo para representar la escena detrás de la escena. Elige de nuevo reparto, elige a una compañera como su madre y se representa la escena primaria, en la cual su madre la azota con una correa, acto que se despliega, por razones tanto técnicas como éticas en el plano imaginario, es decir, la compañera no le pega sino que hace “como sí”, como si le pegara. La madre pues, representada por su compañera la reprende y “le pega” y ella queda perpleja, paralizada sin saber que hacer o decir.

Luego de esto le propongo el uso de un silla vacía, que ubique allí a su madre y le hable, ella vacila pero luego acepta y le expresa lo que siente y lo que piensa, con titubeos, con afecto, con dolor. Este acto le produce una liberación y al mismo tiempo le permite una localización, la identificación de la causa, inconsciente hasta ese día, de una inhibición más que de una incapacidad, inhibición que se había convertido en una constante en su vida, en la cual ella se movía, en distintas escenas a partir del miedo, la fobia y la parálisis. Luego de esto se exploran ecos en aquellos que la acompañaron en calidad de reparto y también de aquellos que estuvieron como espectadores, el auditorio. Cada uno de ellos hablo desde una posición subjetiva y ética que llamamos “la primera persona”, es decir, cada una de ellas en su enunciación se interrogo en su propia persona y en su propia historia como esa escena los había tocado. He de decir que no pocos se identificaron a su vivencia, algunas compañeras no pudieron evitar el llanto, otros lo supieron contener según escuche a posteriori. Una de ellas recuerdo me demando un tiempo y un lugar para representar el recuerdo vivido que la dramatización vista había despertado, yo respondí: - “¡Por supuesto!”

Cada uno carga a costas una escena que determina el destino, aquello que tiende a repetirse sin cesar y sin que el sujeto se percate de ello. Ese momento de nuestra infancia que nos dejó una marca indeleble, que puso una línea divisoria en nuestra historia entre un antes y un después. Me parece que es una responsabilidad ética, sobre todo en su formación, en nuestra formación no ceder en el deseo ni dejarse vencer por el no querer saber nada de eso que el fantasma puede producir. Es sabido que el fantasma implica un problema ético

y es que contradice los ideales del yo, más morales que éticos, con los cuales un sujeto se presenta ante el mundo. Me parece que conviene al sujeto dejarlos caer, para que emerja el Bien Decir que abre el camino al deseo, para que salga de la caverna el sujeto ético, aquel que sabe sobre las coordenadas que lo determinan y que por lo tanto puede decidirse a ser libre, a entregarse al encuentro con otra manera de estar en el mundo, a reescribir su historia, a volver a nacer.

Bibliografía:

MILLER, Jacques Alain. "Introducción al método analítico" Ed. Paidós.